

# Un combate de gigantes en la vida de Juan

Mario Víctor Vázquez

Químico, doctor en Ciencias Químicas. Profesor y divulgador de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Antioquia.

E

l sol ya estaba en lo alto cuando Juan salió al frente de la casa. La ida al cine de la noche anterior había modificado su rutina de ir temprano a la cama y ahora estaba sufriendo las consecuencias. Haciendo sombra con su mano pudo divisar al infaltable vecino, don José, quien lo miraba extrañado por lo inhabitual de su aparición.

Buscando protección debajo de un frondoso roble, se acercó a saludar al vecino y a contarle el motivo de su extemporánea visita.

—¿Y cuál película fuiste a ver? —preguntó el vecino, fingiendo algo de interés en la respuesta.

—Una película de mucha acción don José, una lucha de colosos; no creo que le hubiera gustado, porque son de esas con muchos efectos especiales y fantasía.



Ilustración: Tobías Arboleda.

—¿Y se puede saber quiénes eran los contrincantes? —preguntó con sarcasmo don José, mientras recogía un poco de hojas debajo del roble.

Haciendo gestos con los brazos, como si estuviera imaginariamente presentándolos, Juan contestó:

—Por una parte, Godzilla, y por la otra... ¡King Kong!

—¿Dices que película moderna?, debes considerar, mi joven amigo, que ese lagarto con cara fea apareció en 1954 y el otro señor todo peludo se hace conocido en 1932.

—Sí, pero me refiero a que la historia es toda loca, siempre que aparecen estos enormes seres terminan peleando por nosotros o para defendernos a nosotros; pero es ciencia ficción, no es para que se lo tome en serio. ¿Usted se imagina que el futuro de la humanidad dependiera de la lucha de gigantes? Qué absurdo, ¿no?

Don José no contestó inmediatamente. Con cuidado levantó el montón de hojas que había recogido y lo depositó junto a otros restos vegetales en un espacio donde preparaba el compost que luego reutilizaba en su jardín. Al regresar le devolvió la pregunta, mientras lo señalaba de manera amenazante con un dedo.

—¿Y si te dijera que en realidad nuestra vida depende muchas veces de la lucha de otros seres que pelean, como tú dices, por nosotros?

Juan lo miró sorprendido ante el inesperado comentario y esperó un momento para ver si se trataba de una de las habituales bromas de don José. Al observar que él seguía esperando la respuesta entendió que efectivamente le estaba comentando algo más serio de lo que pensaba. Para no correr el riesgo de empeorar la situación, se resignó a escuchar cuál era la historia fantásica que se avecinaba.

—Sé que piensas en algo fantásico, pero te cuento que podrías encontrar una similitud a esas cosas que ves en películas muy cerca de ti, diría demasiado cerca...

—¿Demasiado cerca?

—Totalmente, tanto que esa lucha se produce dentro de ti, dentro de mí, dentro de los seres humanos.

# gama



—¿Me está hablando de una cuestión espiritual tal vez? —Arriesgó Juan.

—No, para nada, estoy hablando de un verdadero batallón de pequeños seres vivos que te mantienen vivo y saludable.

Juan lo miró sorprendido pensando que le estaba hablando de alguna metáfora con duendes y personajes fantásticos.

—Nada de personajes fantásticos —aclaró don José, como si le hubiera adivinado el pensamiento— me refiero a millones de bacterias que tienes, entre otras partes, en el interior de tu cuerpo. Bacterias que ingresaron cuando naciste, cuando te alimentaste por primera vez, y ahí están; son muchas, muchísimas, y cumplen funciones que seguramente ni te imaginas, y eso que tienes mucha imaginación —finalizó en tono de burla.

—No había pensado en eso, y ¿cuáles tan importantes funciones cumplen? —preguntó Juan, haciendo señas de comillas imaginarias con sus dedos.

—Muchas, desde ayudarte a digerir esos poco saludables atracones de comida que sueles darte; te ayudan a sintetizar vitaminas importantes para tu vida y, al igual que esos monstruos peleones, crean condiciones para evitar que otros microorganismos te invadan y te hagan daño, ¿no piensas que deberías mirarlas con más respeto?

Juan se quedó pensando y una idea graciosa le vino a la mente:

—¿O sea que estamos hablando de la famosa flora bacteriana?, sería después de todo como un jardín de bacterias...

—Algo así, pero te advierto que ni se te ocurra seguir ese camino imaginario porque ya se dónde termina —le advirtió don José, adivinando el rol que le estaría asignando dentro de poco.

Juan se detuvo y consideró mejor cambiar el curso de la conversación.

—Cuando estaba viendo la película también me acordaba de usted don

José, y no, no tiene nada que ver los monstruos o el carácter de estos —aclaró en un vano intento de suavizar la mirada del vecino—, me refiero a que siempre en estas historias se suele usar como excusa a las radiaciones como las causantes de mutaciones, de crecimientos desmesurados de estos lagartos, etc. Qué loco, ¿no? Sabiendo que solo las cucarachas son las que soportarían radiaciones...

—Me temo que otra vez mi vecino ingenuo está equivocando. Espera un momento —le dijo mientras se levantaba—, voy a buscar un libro porque estas cosas hay que darlas con datos.

Juan se quedó pensando a cuáles «cosas» se refería el viejo jardinero, quien prontamente regresó con un pequeño libro de hojas amarillas en sus manos.

—Mira, aquí está, como te parece que un ser humano no podría soportar más de 10 Gy; es una unidad de dosis de radiación absorbida, antes que preguntes —aclaró—, y que las cucarachas aguantarían hasta 200 Gy.

—Entonces yo tenía razón...

—Calma; es cierto, entre nosotros y ellas las que sobrevivirían serían ellas, pero no quiere decir que no haya otros seres que soporten mucha más radiación, y no son justamente ni lagartos, ni gorilas, ni nada de ese tamaño.

—¿Quiere decir que...? —Como temiendo la respuesta.

—Efectivamente, tenemos microorganismos como el *Thermococcus gammatolerans* y el *Deinococcus radiodurans*, que son capaces de soportar miles de Gy sin problemas. Imagínate que te tuvieras que enfrentar a estos verdaderos colosos. Ahí te dejo la tarea —dijo don José ingresando a su casa, consciente del impacto causado.

A pesar de la hora, por alguna extraña razón a Juan se le fue el apetito. Se sentó en un sillón de la sala mirándose el abdomen e imaginando un mundo extraño debajo de la piel. Tuvo entonces una extraña sensación: una mezcla entre sentirse muy acompañado, pero algo indefenso a la vez. Con esa sensación quién podría tener apetito. X

